

UN DERBY CAPICUA

para que revalide en el Arco de Triunfo los laureles que por el momento no se le pueden escatimar. Tendrá en su contra el fulgor dorado que envuelve en mi memoria las imágenes de «Sea Bird» junto con las de aquel mi París primero de hace dieciséis años... ¡Pero quizá logre triunfar también contra ese peligroso adversario! Este Derby 202 fue también capicúa de otras dos maneras: en primer lugar, el caballo que llegó el primero y el último eran hijos del mismo semental, «Great Nephew», que también fue padre del ganador del Derby de 1975, «Grundy», por otro lado, cuatro días más tarde se corrió en París el Derby francés y su imprevisto ganador «Bikala» también iba montado por un jovencito de dieciocho años, el aprendiz Serge Gorli, destinado a ser este año (y probablemente muchos otros) émulo y rival de Walter Swinburn. Jóvenes triunfadores que renacen como héroes adolescentes con su empuje nuevo y la promesa de un gran caballo enfrentado a su reto de gloria con los mejores de entre los mejores: no cabe duda de que la primavera del 81 ha querido irse haciéndonos a los aficionados al turf el más estimulante de los regalos. ■ F.S.



«Shergar» y Walter Swinburn en pleno esfuerzo.

152 triunfo

Manual de urbanidad

FRANCIA Y NOSOTROS

LUIS CARANDELL

EL señor Calvo Sotelo, presidente del Gobierno, exhortaba no hace mucho a los empresarios españoles a invertir y les decía que la inversión es una actividad que tiene mucho de erotismo, añadiendo que «da lo mismo que el acto se consume bajo un puente o en un aposento del palacio de Versalles».

Hay que agradecerle al señor Calvo Sotelo los esfuerzos que hace por animar a toda la escala social de los empresarios a poner en juego su libido inversora. Y debe reconocerse que el argumento erótico será para ellos mucho más estimulante que lo fue el de la «solidaridad social» a la que hace tiempo apelaba el señor Carrillo para «sacudir» las conciencias empresariales.

Pero lo que ahora me llama la atención en la frase de don Leopoldo es la decidida elección de Versalles como escenario del summum de la experiencia erótica. Todo el mundo estará dispuesto a reconocer que bajo los puentes están los lugares menos lujosos del mundo para estos menesteres. Pero buscar Versalles, el otro extremo del espectro, es ya a estas alturas un poco anticuado. Estoy seguro de que un moderno no lo mencionaría en ninguna lista de preferencias.

El señor Calvo Sotelo pertenece a una generación de españoles para quienes Francia era una cumbre de cultura y de refinamiento. Es un madrileño ilustrado, nacido en Galicia y habitante desde joven de un Madrid con algo de afrancesado. Estoy seguro que dice la verdad cuando afirma que, contra lo que se dijo, él no tomó parte en el apedreamiento del cine donde se estrenó la película «Gilda». ¿Cómo iba a hacerlo quien ya entonces debía soñar con hacer el amor en Versalles?

Más que del ojo del puente, Versalles era el contrapunto de la casa de

citas madrileña, cuya propietaria solía llamarse doña Sagrario, y que tenía cama de matrimonio con colcha morada y crucifijo en la cabecera. A nadie puede extrañarle que la gente se acordara en ese trance del palacio de Versalles. Venía a ser una especie de cielo erótico de la época.

Por entonces, Barcelona, más próxima a Francia y puerta «europea» de España, tenía mucho que enseñar a Madrid. «Barcelona es otra cosa», solía decirse, y era porque allí había *meubles* —uno de los más concurridos por cierto, se llamaba «El Francia»— donde un discreto juego de cortinas ocultaba a los clientes que llegaban en taxi o, si entraban en lo que entonces se conocía aún por «auto particular», un empleado se apresuraba a cubrir púdicamente con un paño la matrícula del coche. Anonimato éste que no quedaba garantizado en la casa de citas de la que, por disposición de la dueña, el hombre y la mujer que habían ocupado la alcoba tenían que salir por separado para evitar la murmuración de los vecinos.

Nuestras relaciones con Francia tenían un fuerte contenido sexual. Es posible que generaciones muy anteriores a la nuestra vieran a la nación vecina representada en Jeanne d'Arc y supieran que Francia era «la fille aimée de l'Eglise». Pero, en los tiempos de que hablo, Francia desempeñaba en la imaginación de los españoles el papel de la amante, aunque, hay que decirlo, no eran muchos los venturosos y desahogados ciudadanos que pudieran pensar que se les iba a rendir nada menos que en Versalles.

Para no poca gente, Francia era un lugar tan pecaminoso y descarriado que estaban firmemente convencidos de que podían condenarse por el sólo hecho de viajar a París, un antro de perdición al que sólo iban los más atrevidos. Y el prestigio de un viaje a Francia no se basaba en el hecho del viaje, como sucedía en el caso de



El señor Calvo Sotelo debió quedar seriamente contrariado cuando después de lanzar desde la tribuna del Congreso su declaración de amor a Francia, un primer ministro francés le dio las calabazas de negarle la extradición del etarra condenado por un tribunal francés. En la foto, el presidente del gobierno español con Claude Cheysson, ministro de asuntos exteriores francés, durante la visita realizada recientemente por este último a Madrid.

Suiza, adonde no era pecado ir, sino en lo que tenía de ruptura con las normas establecidas.

La fascinación francesa, que se remonta a los tiempos del Tenorio, ha dado un inconfundible matiz a las relaciones políticas de España con Francia. El señor Calvo Sotelo, que siempre está releyendo en público su discurso de investidura para demostrar que dijo lo que se dice que no dijo o que no dijo lo que se dice que dijo, nos leería, si estuviera ahora con nosotros, los párrafos que se refieren a las especialísimas relaciones que él planeaba establecer con Francia.

Y no es el señor Calvo Sotelo el único que tiene un *faible* o debilidad por Francia. Es éste un sentimiento de toda una generación de políticos españoles. Lo que ocurre es que no en todos se manifiesta de la misma manera. El sufrimiento que uno experimenta con los desdenes de una amante no tienen parangón en otro tipo de relaciones. Los padecimientos del señor Suárez cuando viajaba a París son célebres. Salía de Madrid convencido de que tenía a Francia «quedada» y el señor Giscard d'Estaing ni siquiera le miraba.

Ninguna nación en el mundo es capaz de proporcionar a los españoles tanto amor y sucesivamente tanto odio como Francia. Ya se sabe, ¡las

mujeres! Pocos entre los jóvenes serían capaces de comprender este sentimiento tan real para toda una generación de políticos. Para los jóvenes ir a París no es ya nada, el pecado ya no existe. Ni siquiera tienen que ir a Perpignan o a Biarritz para ver películas pornográficas.

No es difícil, sin embargo, hacerse cargo de lo seriamente contrariado que debió quedar el señor Calvo Sotelo cuando, después de haber lanzado desde la tribuna del Congreso su ferviente declaración de amor a Francia, un primer ministro francés le dio las calabazas de negarle la extradición del etarra condenado por un tribunal.

«Es muy grave», dijo el presidente del Gobierno y repitió su ministro de Asuntos Exteriores. Los editorialistas pusieron el grito en el cielo. Hubo un periódico que llegó a insinuar la necesidad de romper relaciones diplomáticas con Francia. Lo que en realidad hacían era interpretar el sentimiento de frustración de los políticos, sintiéndose, ellos también, burlados por la «*maitresse*» francesa.

Lo que puede hacer pensar que la reacción española tuvo mucho de respuesta pasional es la opinión que no pocos comparten de que no es seguro que a España le convenga realmente que se concedan las extradiciones solicitadas. Y la presencia de los socialistas

en el poder en Francia, y el peligro que eso entraña para la derecha española, puede haber agudizado aún más los tormentos de amor de este singular drama. Mientras los ultras han comenzado a entonar el «Oigo, Patria, tu aflicción», los periódicos de la derecha han lanzado acusaciones de electoralismo a los socialistas franceses. Y en su pasional ceguera no han visto que ellos eran precisamente los que hacían electoralismo, al intentar pasarles a los socialistas españoles la factura de los platos rotos por sus correligionarios.

En la «crisis», sin embargo, ha quedado claro que el desdén francés habría sido bastante mayor si el novio español hubiera tenido que habérselas con la desdeñosa escuela de Giscard. El ministro de Asuntos Exteriores francés, en su viaje a Madrid, ciudad a la que por cierto llamó «mi segunda capital», propuso un plan de colaboración contra el terrorismo mucho más efectivo que unas extradicciones con las que Francia no podía transigir y menos cuando nombre como los de Arregui o Almería planean aún sobre la credibilidad de la democracia. Un plan que podría ser mucho más efectivo que la pasional actitud de quienes han preferido cantarle a la eterna amante aquello de «Devuélveme el rosario de mi madre...!» ■ L.C.